

SARA DE IBÁÑEZ

SARA DE IBÁÑEZ

LA BATALLA



LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

950

“Amigo o enemigo, tú el que sales / a buscar la noticia de los cielos, / escúchame sin rostro y sin respuesta, / que sin sombra mi voz irá a tu encuentro.” La batalla que es metáfora central del nuevo libro de poesía de Sara de Ibáñez es ese combate cósmico del hombre en la creación y también ese combate íntimo del hombre consigo mismo: el desafío, el riesgo, la victoria o la derrota del amor y de la creación. Esa visión alimenta con su deslumbrante intensidad estos poemas, otorgándoles unidad, una vida conflictual que se manifiesta en palabras, como el fuego resulta del contacto violento de dos superficies: “...saltan palabras que un instante chocan / y a sus rincones, ateridas, vuelven.” La autora de *Canto* y *Hora ciega* —en quien se depura una tradición continental de la lírica femenina, algunas de cuyas representantes contemporáneas más destacadas son, como Sara de Ibáñez, uruguayas— escribe su poesía con esa depurada exaltación que torna imprescindible cada gesto, cada verso: “Sobre este muro frío me han dejado / con la sombra ceñida a la garganta / donde oprime sus brotes de tormenta / un canto vivo hasta quebrarse en ascuas.”

LA BATALLA

POETAS DE AYER Y DE HOY

SARA DE IBÁÑEZ

LA BATALLA



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito
que previene la ley N° 11.723.

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1967

ATALAYA

(LA BATALLA)

SOBRE ESTE MURO FRÍO ME HAN DEJADO
con la sombra ceñida a la garganta
donde oprime sus brotes de tormenta
un canto vivo hasta quebrarse en ascuas.
Yo aquí mientras el sueño los despoja
y en sueños comen su mentida baya
para erguirse en las venas de la aurora
pábulo gris de su sonrisa vana;
yo aquí mientras los sabios inocentes
y los tranquilos de crujiente casa
durmiendo abajo, y aprendiendo el frío
de sus angostos mármoles descansan;
yo aquí volteado por el viento negro
que el olor de la noche desampara,
los cabellos fundidos en raíces
que van abriendo turbulentas lamas;
yo solo entre planetas condenados
que en busca de sus huesos se desmandan
—la edad del mundo en esta pobre sangre
que entre las quiebras de su historia clama—
yo aquí turbado por la paz bravía

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Se terminó de imprimir
el día 26 de diciembre de 1967
en los TALLERES GRÁFICOS AMÉRICALEE,
Tucumán 353, Buenos Aires.

LOS COMBATES

que con sagaces témpanos me aplaca,
sintiendo entre las médulas ausentes
el duro frenesí de las espadas;
yo aquí velando, los desiertos ojos
quemados por el soplo de la nada,
las negras naves y los negros campos
vacíos de sus oros y sus lacras.
Yo aquí temblando en la vigilia ciega
rodeado por un sueño de cien alas,
vestido por mi llanto me arrodillo
mientras vuela mi sangre en nieve airada.

Sobre este muro frío me recobran.
Oigo el rumor de los medidos pasos.
Canta la noche en fuga por mi muerte,
y el alba sale de mi rostro blanco.

COMBATE OSCURO

SIEMPRE A MI ESPALDA EL NEGRO BOSQUE
de donde salen cada aurora
con una muerta flor de nieve
en la garganta las palomas.

Y ante mi rostro —duelo frío—
cascada inmóvil, luz furiosa,
el duro ojeo de la esfinge
cuaja mi sangre gota a gota.

Si retrocedo, yertas lamas,
crispados ramos me sofocan
v a la mirada de oro vuelvo
en un vaivén de muerte angosta.

Resisto apenas: no hay pregunta,
sólo un silencio sin historia,
pero mis huesos crujen sordos
y la ceniza me corona.

Hecho pedazos melodiosos
¿quién me perdió, quién me recobra?
La espada estira sobre el muslo
el hilo fresco de la aurora.

COMBATE SORDO

LLEVAN EL ROSTRO SIN ARRUGAS,
pulcro, a la orilla de las flores,
y una sonrisa con antenas
los va guiando entre canciones.

En la maraña de sus pasos,
a la sombra de sus talones,
andan las víboras sin miedo
tragando pájaros cantores.

Salen de un sueño acribillado
por las lujurias del granizo;
de las raíces de sus ojos
cuelgan carámbanos de vino.

Y separados de su cuerpo,
dócil borrón, títere fino,
lanzan sus flechas guturales
tras el apiario fronterizo.

Se llena el aire del aroma
que abre el secreto de la herida,
y de las pálidas cabezas
burlada sangre se desliza.

Por las praderas, por las salas
vienen y van en cauta liza
y ricos quedan frente a frente
de muerte clara y escondida.

COMBATE IMPOSIBLE

CON ASTUTA CABEZA DE ZAFIRO,
bloque de piedra fría y transparente,
inmóvil, la mandíbula sellada,
linda con la tiniebla el monstruo leve.

Mientras el polvo en que se duele el mundo
curva su flor, su lágrima troquela,
y entre los tersos cánticos del día
sordas espadas con su vuelo templa...

Ah, nunca, nunca, la terrible escama
su fuego amargo torcerá en la lucha,
ni se abrirá para tragar mi cuerpo
la boca acrisolada por la espuma.

Aquí jadeo hasta acabar la sangre
clavada en la canción mi lanza triste,
hasta que el fruto de su viejo vientre
lance al estrago la materna esfinge.

DESIGUAL COMBATE

TOCADO FUE POR LA RAÍZ DEL FUEGO:
cuando miró hacia arriba
vio las sandalias, vivas como gemas,
por un camino de flamantes lilas.

Sobre el metal roído de su casco,
sobre el hueco marcial de su atavío,
sintió un andar el mísero guerrero
como de aventurado paraíso.

No se movió la deslumbrante espada,
no se empañó la blanca empuñadura,
bastó a la muerte aquel rumor del cielo,
la potestad de aquella luz desnuda.

Osó mirar, y fue sobre la hierba
su cuerpo oscuro una secreta arruga.

DURO COMBATE

TÚ NO ESTÁS EN LA SOMBRA VERDE
ni en la violeta sumergida,
ni tampoco en el oro fresco
que gotea tenaz la viña.

Y yo levanto cada piedra,
cada revés de flor me incita,
y me aventuro cuerpo a cuerpo
con la astucia de las espinas.

Yo te sé duro, responsable
de mis recónditas heridas,
esas que suben desplegando
ácidas rosas por mis días.

Demonio anfibio que en mi sangre
nadas hilando tu ascua viva,
rozan tu piel los largos hielos
de mis espadas sorprendidas.

Pero huyes raudo y tus escamas
de abrasadoras turmalinas
cambias en plumas que dardean
en el secreto de la brisa.

Ciego combato y busco a ciegas,
mientras me invades y me esquivas,
el solo rayo de la muerte
que no me mate a tu medida.

COMBATE OBLICUO

ENTRE LOS ADULTOS JARDINES,
cuando la flor copiosa esparce
con los incendios del perfume
la frescura que arredra al ángel,

sacan el rostro amarillado
y sólo tocan las espinas;
la sangre negra les asoma
por el costado con que miran.

Sus pies arrastran la tormenta,
cogen los detritus del rayo,
y danzan entre los escombros
como recónditos payasos.

A golpes bizcos se consumen
cuando los ínclitos guerreros
mueven espadas de neblina
en la raíz de los almendros.

O contra pálidos demonios
—tersos roedores del abismo—
alzan el cielo en cada aurora
sobre las palmas hecho añicos.

En la fiesta que nutre el llanto
cuando fulmina la victoria
salen de sus tibios rincones
a ultrajar las torres hermosas.

Una baba tensa les abre
la atroz quijada sin sonrisa
mientras acercan tiritando
sus hambres a la mesa altiva.

Y antes que se vuelvan los héroes
—al escozor de sus presencias—
con la túnica inmaculada
y el escudo a la luz siniestra,

en la propia sangre devoran
el vino triste de la guerra,
y sus bocas resquebrajadas
en lento polvo se dispersan.

VIVAC

AL INDECISO BORDE EN QUE CIRCULA
un capcioso relámpago de alas,
fugan azules, amarillos abren
los rostros de los cautos veladores.

El muro de temblor y soledades
que el fuego enlaza con minutos de oro,
las malheridas piedras asegura
alrededor de su recinto isleño.

Pende la noche, yace, empuja, ciñe
con músculo de escarcha y negro peso;
la espina gutural de su respiro
rompe en secreto venenosas bayas.

El campo gira en torno, gira y crece
lleno de hierbas ácidas que buscan
en la sangre los tibios bebederos
descuajados del canto y del gemido.

Una conspiración de monstruos ciegos,
un sordo atisbo, una viscosa marcha
en el compacto andar de las tinieblas
su velludo latido descompone.

Risas que de las médulas del miedo
hacen guijarros de agresiva espuma
con un chisporroteo arrepentido
y en muerte de cristal cruzan el aire.

Y de las tenues máscaras que brincan
al lívido jadeo de la hoguera
saltan palabras que un instante chocan
y a sus rincones, ateridas, vuelven.

Las miradas se tocan y se apartan
cambiándose luciérnagas marchitas,
viejas flores del alba entre las fuentes
y antiguas invenciones del rocío;

entran en las amargas calaveras,
revuelven en la hondura, abren extraños
laberintos, ambulan y retornan
con una lumbre que a la muerte irrita.

Mientras resbalan hacia el día, secas,
y en sorda fuga ráfagas de llanto,
blanquean las cenizas alumbradas
con la gracia de Dios en el pedrusco.

CLAMOR GUERRERO

QUE ME QUITEN ESTA ARMADURA
lejana flor, pobre corteza,
polvo del fuego sojuzgado,
lama que el infierno alimenta,
que me quiten esta armadura
fina piltrafa de la guerra.

Que me arranquen esta coraza
donde un borrado bosque suena,
y con garganta sibilina
a mi triste furor se pega.
Auxilio, dioses, si podéis,
reconocedme en esta niebla.

Tanto tiempo duró el combate,
tanta fatiga me flagela
con un turbión de ajados rayos
que ya no quiero el alba nueva.
Quitadme al punto piel y sangre,
romped los huesos que me encierran,
que mi desnudo brille frío,
y se acrecienten las arenas.

A L E R T A

EL RAPOSO, EL RAPOSO . . .

¡Alerta, centinelas!

El raposo da saltos amarillos
alrededor de la celeste huerta.

Proteged esas rosas

que en abrasado cónclave decretan

el color de la aurora,

guardad las flores, enterrad las perlas,

esconded las palomas,

que el fúnebre raposo hace chasquear su lengua.

Ni razas del rocío

ni estirpes de libélulas.

Clausurad los perfumes,

cubrid los manantiales y las gemas;

corren peligro todas

las criaturas bellas.

El raposo, el raposo . . .

¡Alerta, centinelas!

Tras él vendrán, tras el hediondo rastro

vendrán los otros con picantes lenguas,

con malas uñas, con oblicuas hambres,

a sitiar la encumbrada ciudadela.

Pulid vuestros venablos,

encended las hogueras,

la transparente espada

rigor del cielo en vuestra mano sea.

Ya vienen; garra, hocico,

torcidos ojos en salada brega;

cruzan brincando entre tinieblas verdes,

entre sucios relámpagos jadean.

Ácida sajadura

viene haciendo en la noche su marea.

Desde los blancos muros

que el sitio amado de los dioses cierran,

dejad caer la muerte sin usura,

honrad a la amapola y a la abeja.

Los raposos, ya vienen los raposos . . .

¡Alerta, centinelas!

DESAFÍOS

I

TÚ ESTÁS ENTRE ESTAS DULCES HOJAS
que de sus diáfanos latidos
entre tardos gestos de luto
a frágil cobre han descendido.
Muestra la sombra, dame el rostro
que ya en mi sangre te adivino.

Sobre la flor se ajó la lluvia,
y un hondo pájaro que abría
con tierna llama el primer cielo
cayó gorjeando su ceniza.
Muestra la sombra, dame el rostro
que entre los dos la muerte gira.

No ciñas torre que la piedra
burla en cristales tu desgracia.
Triste residuo del infierno
ven a borrarte con tu llaga.
Enseña el rostro, que la muerte
sólo se alumbra con mi cara.

ARROJA TU MANZANA AL PUDRIDERO,
la luz de tus escuálidos planetas,
tus aceites impúdicos, tus flores
leprosas y tus lámparas reseca.
Acércate baldío, aderezado
de cuantioso oropel y fácil gema;
burbujas agrias, gélidas espinas
de vidrio airado hacen andar tu lengua
que en los zócalos de oro se debate
y el resplandor de los altares quema.
Mendigo de los dioses, abre al punto
tu triste mano bajo el sucio guante
robado en las celestes roperías
que en menester de máscara humillaste.
Ven a medir con tu encogida vara
la cola del cometa que me invade:
se quebrarán tus ojos de ceniza
cuando la luz sin mácula te arrastre,
y tu cabeza llena de abalorios
como un vilano brincará en los aires.

I

(BLANCO)

POR EL CAMINO FRÍO
se quiebran las palomas,
nieve desorbitada
sobre las hierbas llora
y arrullos muertos crispan
el rumor de las hojas.
¡Qué lento mi caballo
por la pradera sorda!
Los cascos oprimidos
por una densa rosa,
su andar de piedra y nube
sobre la intacta aurora.
Mientras sube el caballo
por la colina sola,
el silencio deslumbra,
los árboles se emboscan.
El hielo cuaja flechas
de mis pies a mi boca,
mi lengua está vestida
con abejas de loza
y el cielo me estrangula
con cerrada corola.

Ciego blancor de ausencia
los ojos me devora
y apaga los jardines
de mi sangre remota.
Dos alientos resbalan
de las azules bocas
y en los aires se duermen
dos plumillas sin sombra.
Caballo y caballero
sin lágrimas reposan.

II

(ROSA)

AQUÍ LA PIEDRA QUE A SU LUZ SOMBRÍA
de un sorbo gris y largo me incorpora
como una vaga fuente de cenizas
donde el llanto quemó la última rosa.

Aquí desciendo de mi antigua estatua
bruñida por los cánticos marinos,
de sorda arena heridas las palabras
hasta caer sin ojos en el frío.

Y allá, tan lejos, el verano que abre
su rostro de oro ardiendo en las llanuras
y gasta las herencias de mi sangre
en la ráfaga alegre de las uvas.

Y allá, tan lejos, a la siempre orilla
donde comienza el aire, el mar, el cielo,
mi pie movido por su intacta dicha
presto a imprimirse en el umbral de fuego.

III

(AMARILLO)

UNA PEQUEÑA LÁMPARA SE ENCIENDE
junto al mar del verano. Arcilla, sombra.
Crece la luz en círculo de abejas,
en tiernos rayos de doradas hojas.
Crece la luz: prendidos a los bordes
del tembloroso resplandor azotan
el aire negro pájaros ardientes
que van cayendo en tierra melodiosa.
Crece la mancha (y el latido rubio
de mi sangre se enreda por sus orlas);
se agranda en giros de rasgadas flores,
se balancea con pesadas ondas,
se arruga con crispadas madre selvas,
en viento de retamas se desfloca,
tiembla en herida espuma de leones,
se estira en peces de incendiada cola;
contra los arrecifes del nocturno
salpica torrenciales mariposas.
Crece la luz y gira. Entre diamantes
amarillos mi sangre se desboca:
en una danza de azafranes fríos

por los confines de la noche ronda;
borrada orilla de musgosos cielos
que el desgarrado vendaval coronan,
en cenicientas lágrimas de oro
se la beben sin tiempo y sin historia
—mudo, engañoso tránsito del fuego—,
ya sin mí, ya a la sombra de mi sombra.

IV

(PÚRPURA)

EN LA NOCTURNA HIERBA RECLINADO
como un antiguo sueño de las fuentes,
su cuerpo mide, a orillas de la nada,
la pulsación del pánico celeste.

Y la lujosa herida donde sordo
el huracán del ascua se recoge,
fúnebre aurora de postrado día
muerte chisporrotea entre las flores.

V

(NEGRO)

SEPARA, QUITA, ALEJA
de mis ardientes pies tu triste boca
llamada por un viento sumergido
y un olor de crisálidas musgosas.
No toques mis talones,
tú quedas y yo parto: no te acerques,
la muerte no me busca, me ha mirado
tan solo, duramente.
Colérica y desnuda
saltando entre sus perros me ha tendido
una centella de esmeraldas frías
y de picantes puntas de rocío
bajo los pies, para que escape ileso
separando cadáveres y espadas;
me ha señalado un rumbo
entre pájaros ciegos que no alcanzan
todavía los ojos de la aurora,
entre plegadas rosas de mis años,
entre yemas de viña y nomeolvides,
entre calientes músculos y ramos,
entre oros tensos que el verano sueña
y dulces curvas que el otoño envidia.

No me detengas, no es la hora, escucha:
tu sangre cuaja entre la hierba hundida.
A mí la luz me ciñe,
flores de octubre en mi cintura huelen.
Marcha al delirio de tu negra boda:
abre tu noche, calla, olvida, muere.

ÍNTIMA LID

I

EN LAS TINIEBLAS AMARILLAS
bajo los ciegos bosques de oro,
entre los frutos cenicientos,
entre las brasas de los troncos,
los viejos pájaros dormidos,
en la garganta el canto roto,
vuelos de sangre desoída,
lianas del tiempo sin retorno;
crudo tropiezo con las bocas
que se bebieron el otoño,
blando fluir de larva y nieve,
sorda pradera de los ojos,
espada múltiple, centella
de mil heridas sin reposo,
muerte crecida entre los huesos,
ensimismada en sus demonios;
bajo los párpados caídos,
en la clausura sin socorro,
yo y yo, enemigo y enemigo,
caigo en mi fuente, y me devoro.

II

YO ANDABA EN LUMBRE DE OLIVOS
y en luz de viña madura,
la boca una brasa oscura,
las manos, tizones vivos.

Resplandores agresivos
victoreaban mi cintura;
en la negra empuñadura
latían rayos cautivos.

Y cuando en blancos fulgores
fraguaba la herida flores
por mi turbio pensamiento,

me vi venir cielo abajo
y de un solo, absurdo tajo,
vestir con mi sangre el viento.

III

DESDE EL MAR UNA ANTIGUA MUCHEDUMBRE
de reflejos invade lentamente
la soledad cerrada a niebla y bosque,
la soledad cercada hace mil años
por pálidos guerreros
que duermen a la sombra de la sangre,
ciñen negras espadas
sobre el largo carámbano del muslo,
y cortan cada brote,
cada yema sonámbula del día.

El latido del mar abre en mis sienes
dos vagas ostras de cuajado azogue
con sutiles venillas de violeta
que estiran sus relámpagos prohibidos,
y un alba yerta, apenas sostenida
por dos amargos peces
que nadan en el aire como sombras del iris,
tiembla en su amoratado ser de espuma,

se arriesga en hojas de salado nácar,
y en el borroso corazón marino
del aire prisionero hace mil años,
comienza a oler a herrumbre, a rosa herida
que no alcanzó los bordes de la aurora.

PRISIONEROS

I

SUBE EL FRÍO TENAZ ENTRE LAS PIEDRAS,
sube en diáfanos tallos.
A través de mis huesos, de mi sombra,
su flor azul viene a buscar mis labios.

Convoco antiguas primaveras, pulso
mi cuerpo herido y solo,
y un amargo esplendor trenza en mi sangre
al canto de la nieve un son de oro.

Cruza el hierro entre el campo y mi agonía
(nunca tan hondo el cielo).
Las bestias serenísimas esparcen
su alegría de hierba al sol secreto.

Yo aquí con ojos para ver sin tregua
cómo sitian los muros
este brote del fuego que levanta
mi queja entre los pájaros del mundo.

Para ver hasta el fin cómo me buscan
las sigilosas piedras,
y un dios triste, en mi sueño poderoso,
viene con ellas.

EL ENEMIGO ANDA AUSENTE
sobre un palafrén de fuego.
Oigo el galope amarillo
detrás de mi duro sueño.
El enemigo me ignora
y yo soy su prisionero.

Ni muros me arman frontera
ni torres me dan tormento,
pero con un son sin pausa
castiga mi pobre sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

No hay guardias en los jardines
ni lazos en el sendero,
mas borra los horizontes
de la vigilia y del sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Mis recónditos adioses
como relámpagos secos,
tiniebla en la sangre estancan
mientras rompe a ras del sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Y hace del manjar ardiente
con que me afrentan los cielos,
tesoro vuelto de espaldas,
sonora llaga del sueño,
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

No hay lazo, guardia ni torre
ni muros a mi deseo,
pero estruja en rauda muerte
la invicta flor de mi sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Mientras el llanto en mi sombra
fija su bosque de hielo,
ausente, al tenso galope
de su palafrén de fuego,
el enemigo me ignora
y yo soy su prisionero.

RONDA

EN LOS CONFINES DE LA NOCHE
un árbol brilla, sangre y oro;
muerde sus ramos la distancia,
bruñe el relámpago su tronco.

Negro camino, negra nieve
entre mi pecho y el tesoro.
Los duros labios de la esfinge,
su aliento audaz sobre mi rostro.

Soldado triste, hambrienta boca.
La noche punza llena de ojos,
y en la enemiga huerta pende
llameando el fruto silencioso.

La mano tiendo, el pie deslizo,
voy a cruzar el campo sordo:
voy a gritar hasta la muerte;
que alce la espada su meteoro.

A ras del fúnebre horizonte
quiebra mi voz su vuelo ronco,
y una manzana de ceniza
rompe en mi lengua su agrío copo.

LOS MENSAJES

¿QUIÉN ERES TÚ EL QUE TIEMBLA CUANDO
EL CANTO

sube entre amargos árboles de nieve
y esparce un iris de centella rota
por las orillas donde el cielo duerme?

¿Quién eres tú que tiendes el oído
desnudo entre las sórdidas mareas
hacia el único pájaro despierto
que en la almendra del rayo picotea?

Entre lutos de flor y frías bayas
por la espinosa niebla te deslizas,
y en un radiante laberinto coges
el hilo de la blanca melodía.

¿Quién eres tú que hasta mi sangre llegas
en un río secreto de las horas?
¿Debajo de qué rostro estás oyendo
lo que la noche en mi garganta llora?

Porque pierde sus lágrimas el viento
que por los campos de la muerte llega,
y un breve espacio de jardín estalla
en el seco nocturno de la guerra.

Y esta música sola, este seguro
relámpago en que Dios jamas se explica,
riberas goza en tu nocturno oído
sobre el cruzado andar de las heridas.

Amigo o enemigo, tú el que sales
a buscar la noticia de los cielos:
escúchame sin rostro y sin respuesta,
que sin sombra mi voz irá a tu encuentro.

II

LOS MENSAJES

¿QUÉ HACES AHÍ SENTADO SOBRE UN
TÉMPANO VERDE
(mientras el humo cruza sus ramos en mi rostro)
cubierto por el trueno blando de las gaviotas
(mientras baja mi sangre a esperarme en el
polvo)

con tanto mar de nieve, con tan redondo olvido
(mientras me cabe apenas tu nombre en la
garganta)
mirándote en los ojos estancados del tiempo
(mientras rompen mi lengua las últimas
palabras)?

Tú frío entre jardines de tonantes blancuras
(yo brizna de pavesa, desmemoria del fuego)
vivo como una fuente que el relámpago asiste
(yo con los pies perdidos en el umbral ajeno).

La torre de los vuelos defiende tus oídos
(siento que mi cabeza cae de todos los bordes).
Oh blanco amigo y dueño del más temible gozo
(ya estoy donde has de oírme por mucho
que demores).

TRIUNFO DE GUERRERO

DIOS LE HA VISTO FRECUENTE EN LA BATALLA,
tan ligero el caudal de su alegría
que antes de ser corola se abre en nube,
y antes de nube en sueño se desliza.

Le ha visto andar en ráfagas de llanto,
la sangre a rastras en la sombra dura,
la boca llena de canciones muertas
que no alcanzaron a heredar la espuma.

Le ha visto abrir a hueso delirante
el bloque azul de la nocturna escarcha,
y el oleaje animal de las honduras
donde el silencio rompe las quijadas.

Le ha visto fiel y ciego de inocencia
donde el iris estalla clausurado
en un redondo vértigo de flores,
detenido en un dédalo de rayos;

queriendo huir por un cristal continuo,
bramando de coléricas espinas,
disparado en las médulas del fuego
y muerto, al fin, de espléndidas heridas.

APOTEOSIS

LA TÚNICA DEL FUEGO SE LEVANTA
como si el puño blanco del infierno
la hendiese cielo arriba, y se repliega
en torneada tromba, erecta palma
de donde cae en gotas el desierto.
Largas arenas y cenizas caen,
cenizas de oro caen, llanto duro.
Como un león en fuga por sus llamas
cae la sed; la ráfaga del yermo
se despeña cuajada por la muerte,
del erizado borde en las alturas
contra el negro remoto, un pozo frío
a donde asoman rostros iracundos,
y entre los burbujeos de la sombra
plumas quemadas en celeste clave,
rescoldos de salterios y de flautas.
Yo. cintura del sismo, luzco indemne
mi corona de espumas y adelanto
bajo un escudo de apuradas nieblas
el pecho más buscado de las llamas.
Oh hueco, ausencia de raíz y espacio,
hueco del hueco, rabia de la nada,
sordera de la forma, yerta huida

de flor llorada en un no ser sin tregua.
Cae mi sangre, por fin, en las fastuosas
purpúreas ramas donde muere el viento
y desenvuelven su llagado brío
las dalias ciegas que la noche entonan.
Caigo sin fin, asido a un dulce duelo
como el tránsito agudo de la rosa,
y bajo mis rodillas abolidas
estallan los oasis, y los labios
corean mi retorno; los oídos
abiertos en mitad de una pradera
labrada en oro musical, escuchan:
—las flores suben sin temor— escuchan
un solo son, y para siempre escuchan.

INDICE

Atalaya	7
<i>Los combates</i>	
Combate oscuro	11
Combate sordo	13
Combate imposible	15
Desigual combate	16
Duro combate	17
Combate oblicuo	19
Vivac	21
Clamor guerrero	23
Alerta	24
<i>Desafios</i>	
I	29
II	30
<i>Los tránsitos</i>	
I (Blanco)	33
II (Rosa)	35
III (Amarillo)	36
IV (Púrpura)	38
V (Negro)	39
<i>Intima lid</i>	
I	43
II	44
III	45
<i>Prisioneros</i>	
I	49
II	50
Ronda	52
<i>Los mensajes</i>	
I	55
II	57
Triunfo de guerrero	59
Apoteosis	60

LIBROS DE ACTUALIDAD

Alberto Moravia
EL HOMBRE COMO FIN

Waldo Frank
CUBA, ISLA PROFÉTICA

Julio Barrenechea
ISRAEL,
UN ARBOL POR CADA MUERTO

Ricardo Güiraldes
EL SENDERO

Isabel Luzuriaga
VISION DE ISRAEL
DESPUÉS DE LA GUERRA

Jean-Paul Sartre
PROBLEMAS DEL MARXISMO, I
PROBLEMAS DEL MARXISMO, II
COLONIALISMO
Y NEOCOLONIALISMO

Carlos Ayarragaray
LA SEXOLOGIA, LA IMPOTENCIA
Y LA PRUEBA DEL CONGRESO

Christiane Rochefort
UNA ROSA PARA MORRISON
CELINE Y EL MATRIMONIO

Rafael López Jordán
NO SON DEICIDAS

Jean Genet
LOS BIOMBOS - LOS NEGROS

Felipe Herrera
AMÉRICA LATINA INTEGRADA

Fernando Santos Veiga
OBESIDAD, CONSTITUCIÓN
Y MEDICINA PSICOSOMÁTICA

Emir Rodríguez Monegal
EL VIAJERO INMÓVIL
(Introducción a Pablo Neruda)

Dionisio Ridruejo
ESCRITO EN ESPAÑA

Pablo Neruda
LA BARCAROLA